

frente cuando braman las nubes y truenan los rayos? ¿Has visto cómo tiembla mi corazón, cómo se demuda mi rostro, cómo caigo de rodillas cuando la tierra se mece de un lado á otro ó se levanta con violencia? Lo mismo me sucede, María, cuando de lejos te percibo, cuando estoy junto de tí y te contemplo enagenado, cuando beso tu mano temblorosa, cuando te estrecho contra mi seno, cuando imprimo mi labio ardiente en tu mejilla encantadora”....

Al hablar así Manuel, había tomado la mano de Doña Teodora, y la estrechaba con fuerza haciendo estremecer á la joven, y aun obligándola á veces á hacer movimientos para levantarse; y se hubiera levantado en efecto, á no ser por las acciones imperiosas de Manuel que la forzaban á estar quieta.

El joven temblaba; sus ojos amortiguados parecían encenderse; su voz, aunque dulce, tenía cierta robustez y cierta fuerza, que hacía estremecer; su acción era tan animada que, junto con sus palabras, hubiera sido capaz de enardecer un trozo de hielo. Una lágrima rodó por una mejilla de Manuel: éste la enjugó como quien se ha habituado ya á llorar delante de todos sin avergonzarse de ello.

¡Oh! aquellos dos personajes, en la flor de su edad, en tan extraña situación, con los rostros demudados y los ojos clavados en tierra, parecían pertenecer á otro mundo:

parecían dos ángeles que contemplaban asombrados la horrenda caída de Lucifer....

Manuel, después de reposar un corto intervalo, prosiguió así:

“El labrador conoció el amor tan ardiente que se profesaban los dos jóvenes, y no impidió sus progresos. Pocos años después, enfermo y casi moribundo, tomó á su hija de un brazo, y presentándola al joven, le dijo:—“Jacinto....”

—¡Jacinto! exclamó Doña Teodora temblando.

—Sí, continuó el joven con aparente calma, el labrador le dijo: “Jacinto, tú amas á María, al ídolo de mi corazón, y yo te amo como á ella misma. Te la doy por esposa: sé que te entrego una flor tierna, apacible, hermosa.... cuidala, y será la delicia de tu corazón....” Dicho esto les echó la bendición, y dos días después expiró en los brazos de los dos esposos.

“Estos vivieron algún tiempo en deliciosa paz, y eran el modelo y la envidia de toda la aldea; pero su felicidad duró poco, porque en el corazón de Jacinto se abrigaba una pasión aun más fuerte que la del amor: el deseo de subir á otra esfera que no le pertenecía, le arrastró con violencia, y su funesta ambición bien presto le arrancó de los brazos de su esposa, y le arrojó en medio de la guerra civil que incendiaba aquel desdichado país.

“Antes de partir Jacinto, se despidió tiernamente de su esposa, sacó de su seno esta cruz (al decir esto presentó Manuel á Doña Teodora una pequeña cruz de oro) y la dijo:—Esta cruz fué el único resto de los bienes de mi padre: él me la dejó y me dijo que no me separara jamás de ella, porque era herencia de mis abuelos. Yo te la entrego, María; no la apartes jamás de tu seno; servirá para que te acuerdes de mí: el día que la abandones, abandonas á tu Jacinto, le das la muerte. . . . Mi corazón me dice que he de ser opulento: tú serás partícipe de mi poder, y ese será mi mayor gozo. . . .

“El infame partió á alistarse bajo las banderas del presidente Arce, donde se le proporcionó una tenencia. Le era indiferente cualquiera partido: donde más le dieran, allí estaría, porque sólo anhelaba subir. . . .

María recibió algunas cartas de su esposo, en las cuales pintaba sus esperanzas de adquirir un puesto elevado y salir de la esfera en que nació.—¡Ah! ¡cuánto sufría el corazón de la desdichada esposa! su corazón la anunciaba un porvenir horrible!

“Se pasó algún tiempo sin que la joven recibiera noticias de su esposo, hasta que supo que en la toma de Guatemala por Morazan en 1829, cayó prisionero y fué desterrado después fuera de la república.

“María reunió cuanto dinero pudo y lo mandó á su esposo á México, donde su-

po que estaba; pero una sola carta recibió de Jacinto, y no volvió á tener noticias de su paradero.

“Yo, único pariente de María, viendo su desesperación y que nadie tomaba interés en su suerte, me resolví, aunque joven y sin experiencia, á venir á esta ciudad.”

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! Es una infamia. . . . He sido engañada. . . . engañada. . . . ¡Todo lo sabrá mi padre! . . .

Así exclamó Doña Teodora, levantándose del asiento pálida y desfigurada. Manuel la detuvo y la dijo:

—Señora, vd. ha jurado no descubrir mi secreto á nadie.—Va vd. á armar un escándalo inútilmente. Si hubiera justicia en México, D. Jacinto iría á un presidio. ¿Y qué conseguía vd. con esto?—Que en el teatro, en los paseos, en las tertulias, en un balcón, en cualquiera parte sería vd. señalada, y al verla todo el mundo gritaría: “Esa es la mujer del presidiario.” Pero en México no castigarán á ese hombre, y vd. tendría que separarse de él por la buena opinión ante el público, y sin embargo, el honor de vd. quedaría mancillado; sería vd. el asunto de las conversaciones y el objeto de los tiros de la maledicencia. Aunque soy joven, tengo alguna experiencia, señora, y sé que en la edad en que vivimos se ensalza al crimen y se desprecia á la virtud. . . .

—¿Pero qué debo hacer, Dios mío? ¿qué debo hacer?....

—Escuche vd.—Esta cruz sólo debe de estar en poder de D. Jacinto ó de su esposa: vd. lo es....

—No, yo no soy su esposa, no quiero serlo....

—Tómela vd., continuó Manuel presentándose, yo me callaré y haré callar á María: yo lo prometo, y basta: María morirá para el mundo....

—¡No, jamás! exclamó Teodora, jamás podré vivir con ese hombre.

—Pues bien, preséntele vd. la cruz; esto le ahorrará vd. una explicación. (Teodora guardó la prenda en su seno).—Dígale vd. que salga de México bajo cualquier pretexto, y que no se presente aquí jamás.

—Así lo haré.

—Pero que no sepa quien puso en las manos de vd. esa cruz.

—Lo prometo.

—Júrelo vd.

—¡Lo juro!

—Adiós, dijo Manuel en ademán de salir.

—¿Volveré á ver á vd.? preguntó Doña Teodora.

—Tal vez.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿Aquí?

—En San Angel.

III.

ALMARAZ

Bajo de un hermoso y espeso emparrado del jardín de D. Fernando, en su casa de campo de S. Angel, estaba sentado D. Jacinto Almaraz hundido en profundas meditaciones. Era joven, de fantasía ardiente y de no mal corazón; pero el deseo de brillar en el mundo, esa ambición sin freno, le arrastraba con ímpetu haciéndole derribar á toda costa los obstáculos que se le presentaran para subir. Había tocado el punto de sus deseos: su matrimonio con la hija de Murtas le ponía en medio de un campo vasto y florido, en donde su ambición encontraba á la vez cuantiosas riquezas, y un paso firme y seguro á los honores y dignidades. Su vista se espaciaba en las flores que regaban su camino, y ya las acariciaba llenò de gozo y de enagenamiento, cuando.... ¡infeliz!.... siente que debajo de las flores hay yerbas venenosas, debajo de las yerbas hay espinas punzantes y destrozadoras. Ya en su pecho se abrigan los remordimientos: serpientes atroces que le oprimen el alma, le despedazan el corazón: fantasmas sañudas y amenazadoras que, durante su sueño, mira levantarse del centro de la tierra, ir hacia él pausadamente, abra-

zarle y hundirle un filoso puñal.... Se levanta despavorido, quiere saltar del lecho.... bajo de sus piés brama una cascata de sangre que forma luego un río, de cuyas ondas sale una cabeza.... ¡Gran Dios!.... es la de María, ¡de María! que extiende sus brazos enrojecidos, y agarrándole con fuerza, pretende precipitarle en aquel abismo de horror....

Los malvados parecen gozar de sus crímenes: viven en la opulencia, tienen poder: no hay cosa que deseen que no la obtengan en el instante.... pero arrancad ese suntuoso vestido que los cubre: debajo de él hay un pecho que palpita incesantemente.... abridles el pecho: hallaréis un corazón corrompido, en cuyo centro hay veneno atroz: hay los tormentos del averno....

Recordaba Almaraz los sueños de la noche anterior.—“He cometido un crimen, decía para sí; un crimen detestable que me devora eternamente: he roto los lazos que sólo Dios debía deshacer.... El cielo me castiga: veo sangre en mis ensueños: yo no la he derramado, no; mis manos están limpias: no tengo que temer.... Pero he cometido una infamia: un crimen trae otro crimen, y otro, y otro más.... ¡Desdichado de aquél que comete el primero!....”

Abismado en estos pensamientos, sintió el joven que se movían algunas ramas y luego se presentó á su vista Doña Teodora.

—Mucho dilatabas, la dijo. Me has citado para este lugar, ¿y hasta ahora vienes?

—No me podía desprender de la concurrencia.... Pero en fin, ya estoy aquí. ¿Por qué estás triste?

—Es natural que lo esté. Has llorado toda la noche, y esto me inquieta: ¿no me amas?....

—Si no te amara, no padeciera como padezco, porque no me hubiera casado contigo. Quiero saber la causa de tus penas: es preciso que me lo confíes, porque si no moriré de dolor, moriré de celos....

—¡De celos!....

—Sí, continuó Teodora; no falta quien diga que estás enamorado de otra, que sólo por interés te has casado conmigo, que....

—¡Es una calumnia! ¡es una infamia! exclamó Almaraz levantándose y temblando de furor. Dime quién ha sido el audaz que ha pronunciado semejantes palabras... Dímelo al punto.

—No puedo.

—Dímelo, ó de lo contrario me separo de tí para siempre.

—Será preciso que así lo hagas.

—¿Y tú me lo dices, tú, Teodora?.... Bien veo que no me amas, que no debíamos de ser esposos, que vamos á tener una vida de infierno, que tal vez otro... ¡Otro!.... ¿Será posible?.... ¡Oh rabia!.... ¡Maldita sea la mujer!.... Pero estos la-

mentos son demasiado tardíos por desgracia, y sólo el Eterno puede desatar los lazos que nos unen.

—Quien ha desatado unos puede desatar otros.

—Expílicate.

—Digo que cuando un hombre ha emprendido la carrera del crimen, difícil es hacerle volver atrás.

—No te entiendo.

—Pero sí me entiende tu conciencia, y esto basta.

—Eso quiere decir que soy un infame.

—Vd. lo sabrá mejor que yo.

—Y vd. se servirá hablarme de una manera menos atrevida, señora, dijo Almaraz temblando de cólera y lanzando fuego por los ojos. Apenas nos casamos ayer y ya hoy tenemos riñas. La audacia de vd. se funda en el dinero, mi resistencia se fundará en la firmeza: vd. cree tener un apoyo en el valimiento de su padre, yo lo tengo en mi derecho. Vd., señora, es mi esposa, y está bajo mi poder.—Todo está dicho.

—¡Infeliz de mí! exclamó Teodora con las lágrimas en los ojos; ¿con quién me he ido á casar? Bien me lo decían mis amigas. Pero ya sé quién es vd., ya le conozco: he sido engañada; pero ya conozco mi desgracia, ya sé que es vd. un infame, un advenedizo, que con sus enredos é imposturas ha logrado ponerme en el estado en que me veo.

La cólera de Almaraz llegó á su último grado: se mordía con fuerza la lengua, apretaba los puños y miraba á su esposa como si quisiera devorarla. Al fin no pudiendo ya contenerse, levantó el brazo para dar á Teodora; pero ésta, como quien presenta un escudo para defenderse, sacó rápidamente la cruz y la puso ante los ojos atónitos de D. Jacinto. Éste lanzó un grito, y se echó para atrás espantado como quien ve un tigre que se le abalanza, y así quedó por un breve rato como aturdido ó falto de vida.

Al fin trató de reponerse, y acercándose pálido y convulso, acarició á su mujer, y la dijo como en tono de chanza y separando los labios para fingir una risa que en balde pretendía aparentar.

—Pues qué ¿soy el diablo Teodora, para que pretendas ahuyentarme con una cruz?... ¡Vaya! no creí que tal pensaras de mí... Y no es cosa: una cruz de oro y labrada con mucha delicadeza.

Y al mismo tiempo pretendió tomarla; pero Teodora no lo quiso consentir, y la escondió en su seno.

—No sabía yo que tal preciosidad tenías, continuó Almaraz; no la escondas, quiero verla otra vez.

—Eso es ya el extremo de la desvergüenza, dijo Teodora poniéndose ya pálida, ya encarnada. Jamás creí que tuviera vd. tanta audacia, tanto descaro... Pero acabe-

mos de una vez, no perdamos el tiempo; sepárese vd. de mí y no me vuelva á ver jamás. Seré desgraciada, pero sabré guardar silencio. Váyase vd. y haga cuenta que no me ha visto nunca.

—Por vida mía que no te entiendo, Teodora: explícate y sé franca con el esposo que te adora. Alguno me ha calumniado; dime su nombre, deseo ver á ese perverso, deseo....

—¿Qué?

—Matarle, beber su sangre, saciar mi rencor, mi furia....

—Basta de palabras inútiles, de fingimientos groseros, interrumpió Teodora aparentando gravedad. Vuele vd. á los brazos de su primera esposa, de María, y no vuelva jamás á aparecer en este país. Si mañana encuentro á vd. en mi casa, ¡desgraciado! todo lo revelaré á mi padre.

Dicho esto, se alejó rápidamente. Almaraz la siguió con paso inseguro, y con voz balbuciente y casi sofocada, la decía:

—¡Teodora! ¡Teodora! estoy desesperado: yo te amo, espera; si no me escuchas me daré la muerte!

Y la voz de Teodora sonó á lo lejos diciendo:

—¡No es mala idea: la apruebo!...

IV.

EL CABRÍO

Era de verse la bandada de gente que se dirigía á un paseo á orillas de San Angel, y cuyo nombre es "el Cabrío." Unos hombres iban montados en asnos y otros á pie, llevando señoras y conversando cada cual con su pareja; y es de suponer que no hablarían de las penas del infierno si no acaso de amor, que era lo más análogo á las circunstancias. En el campo es donde los cortesanos tratan de acercarse al pueblo ó más bien á la niñez. El opulento se fastidia de sus ceremonias simétricas y de sus conversaciones afectadas; se fastidia de los perfumes y de los brillantes, de la obscuridad lúgubre de los salones y del movimiento monótono del coche. Desea variar de alfombra, de tapices, de cabalgadura, de modales, y hasta de palabras: en el campo vuelve á la primera edad, baja desde su elevado puesto hasta el de la humilde pobreza, salta en la yerba con más gusto que en una alfombra; cambia su coche por un carro, su brioso caballo por un asno pacienzudo, su insolente lacayo por un indio joven y humilde, á quien tiene la bondad de dirigir de cuando en cuando una chanza,

aunque siempre con aire de protección. Entonces olvida sus cuidados, sus penas, sus horrendos martirios, porque, como el dolor y la riqueza van juntos, sólo despojándose de éstas puede el hombre aliviar el peso de aquel.

Empero no siempre se consigue esto: cuando los pesares son enormes, cuando el corazón se halla en una aflicción estrema, el campo y la libertad aumentan más y más el dolor, y entonces la desesperación, la melancolía profunda se posesiona enteramente del alma.

Almaraz no podía arrancar de su corazón el puñal que había clavado en él Doña Teodora. En un instante había visto desvanecerse ante sus ojos las riquezas, los honores, las dignidades que se prometía, y con los cuales pensaba vivir feliz... ¡Feliz!... ¡Cuán necios son los que piensan encontrar la felicidad fuera de la paz y del sosiego; fuera del círculo de la virtud, estrecho y áspero en verdad, pero donde la conciencia está tranquila, donde no se ve ni se sueña más que contento y placer, ángeles deliciosos que giran en torno del hombre y que parecen remontarle hasta el firmamento! Preguntad á un niño si es feliz: os dirá que sí, porque los remordimientos no atormentan su alma; y aunque es verdad que tiene algunos disgustos, éstos son inseparables del hombre, porque en la tierra no hay felicidad completa, no hay

paz, no hay tranquilidad que no sea interrumpida á cada momento.

Pero los pesares de Almaraz eran terribles; su corazón y su mente estaban hundidos en un abismo obscuro y sin término, y parecía meditar una empresa atrevida y feroz: su rostro lo indicaba, sus miradas satánicas parecían decir: ¡Ay de aquel que detener pretenda mi carrera!...

Caminaba en aquel instante por un paso estrecho y agreste: por un lado una cerca con magueyes en lo interior, por el otro un barranco profundo, en cuyo fondo corría agua pura y cristalina que dejaba ver peñascos enormes y algunos árboles en los costados.

Poco tiempo después se oyó un ruido sordo y confuso como el que produce una pequeña cascada: lo era en efecto, y todos corrieron alborozados á gozar de las aguas espumosas y blanquecinas que caían haciendo estremecer un tanto la tierra.

Se dirigieron después á una pequeña arboleda que formaba un círculo, y donde al són de varios instrumentos de cuerda y tres flautas, se pusieron á bailar. Como no todos los concurrentes bailaban, se entretenían algunos de ellos en criticar á los demás ó en mortificar á un pobre cabrero loco que vive aún sin separarse de aquellos lugares y que es bien conocido por "tata Jusé." Este infeliz, al acercarse la noche les decía:—Si no se van, se mojan: por el

norte viene una nube horrenda que va á descargar aquí sus aguas; el río saldrá de madre, y si no se aplaca la cólera de Dios, se perderá entre las olas el "Pedregal."

—¡Ha, ha, ha! ¡Ya es profeta tata Jusé!... ¿Y cuál es el norte?

—Este es el norte, dijo señalando con la mano, aquel es el oriente, éste el occidente, y el sur... ¡Ah! ¡Dios mío! ¡no ven vds. aquella faja de sangre?... Allí: entre aquellas nubes... ¡Desgracia!... ¡Desgracia!

Exclamando así echó á correr, y saltando por encima de las enormes lavas que forman lo que se llama "el Pedregal," se perdió de vista con asombro de los concurrentes que ya le veían casi caer en uno de aquellos precipicios.

El cielo comenzó á entoldarse rápidamente: caían algunas gotas de agua que azotaban el suelo y levantaban ligero polvo; á lo lejos se escuchaban los gritos de los pastores y los ahullidos de los lobos: uno que otro relámpago alumbraba de vez en cuando la tierra, y dejaba ver las cavidades hondas y negras, los precipicios profundos y peligrosos.

Los concurrentes se dispusieron á partir entre la confusión y la alarma, encendieron hachas y se dirigieron por el camino que les sirvió para venir, bien así como una procesión dilatada y fúnebre, ó como peregrinos en las catacumbas de Roma.

—¡Cuidado con la caída! era la única voz que se escuchaba y que repetían casi todos: prevención inútil ó poco necesaria, porque todos sabían que un paso mal dado era una muerte segura y horrorosa.

Manuel, que no había faltado al convite, pero que llegó tarde y no quiso presentarse á la concurrencia, permaneció retirado de ella, y al irse todos se quedó atrás siguiéndolos sólo con la vista, y como quien no hacía aprecio del huracán que se preparaba.

Mil ideas se revolvían en su mente y le atormentaban el corazón. Andaba precipitado algunas veces, otras se detenía y se recargaba contra la cerca lleno de abatimiento. A veces levantaba los ojos al cielo ó los extendía al rededor de sí; á veces los fijaba inmóviles en el profundo barranco que tenía á sus piés, y cruzando los brazos parecía ver y no pensar en lo que veía. Su rostro taciturno se animaba por algunos momentos, y asomaba en sus pequeños labios una sonrisa fría y horrible, capaz de estremecer á un cadáver.

En esta situación triste y penosa estaba, cuando sintió una pesada mano que sobre su hombro caía, y una voz bronca y casi apagada que decía:—A vd. buscaba. Volvió la vista el joven y se encontró con un hombre envuelto en una capa, y que, como una fantasma horrendo, permanecía jun-

to de él sin moverse; al fin desembozándose el hombre, bruscamente le preguntó:

—¿Me conoces?

—No.

—Pero yo te conozco á tí.

—¿Qué quiere vd. decir con eso?

—Que no te nombras Manuel....

El joven comenzó á temblar; y el hombre continuó:

—Que yo te conozco bien y tú me conoces á mí, pero no tanto como me vas á conocer ahora.... ¿Quiéres saber nuestros dos nombres?....

—¡Piedad! exclamó Manuel cayendo de rodillas y abrazando las de su interlocutor. ¡Infeliz de mí! ten compasión de mi suerte, de mis agudos tormentos.... ¡Ah! no los aumentes más....

Pero el hombre sin atender á sus razones continuó:

—Es preciso arrancarnos la máscara y presentarnos uno al otro con la faz descubierta: basta ya de fingir. ¿Quiéres saber quién soy? ¿Quiéres saber quién eres tú?... Yo me llamó Jacinto Almaraz; tú te llamas María: la que fué mi esposa en otro tiempo; la que se disfraza ahora para perseguirme; la que era mi bien, mi amor, mi existencia en otra época de nuestra vida; la que detesto en la actualidad como á los enemigos de mi padre; la que debe ausentarse de este país ahora mismo....

—¡Ahora mismo!....

—Sí, ahora mismo: tú no debes estar donde yo estoy; mi posición lo pide así; mi futuro engrandecimiento se pone en medio de los dos y nos separa: ya logré alcanzar á la fortuna; ¿crees que la he de soltar por tí?....

—Ya que rompes con tanta facilidad los nudos que hemos formado ante Dios, ya que cometes un crimen tan horrendo que un asesino se avergonzaría de cometer, no me arrojes con tanta inhumanidad, ten piedad de la que en otro tiempo amabas, de la que era la delicia de tu corazón y todo lo ha sacrificado por tí....

—¿Te falta dinero? dijo Almaraz metiendo la mano en su bolsa y sacando un puño de oro que había ganado el día anterior en el juego "casero;" toma este oro que basta para poder caminar unos días; después recibirás más y más hasta saciarte: pero ay de tí si sueltas una palabra!....

—¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó María sin levantarse y alzando el rostro al cielo, ¿es posible que me hayas arrojado al mundo sólo para padecer?... Y luego, poniéndose en pie, dirigió la voz á Almaraz.—Nunca pensé que me envilecieras hasta tal extremo: yo desprecio tu oro y tus palabras....

—Y yo te desprecio á tí, interrumpió Almaraz encolerizado; yo te desprecio y te maldigo. Resuélvete pronto: no hay que

perder momentos: ó á partir de este país, ó á morir....

—¡A morir!.... ¡Oh! eso no es posible. Jamás creeré que des la muerte á la mujer que tanto te amó y te ama todavía, á la que vivía para complacerte, para adorarte....

—No quiero escuchar nada: no puedo perder la fortuna que ha caído en mis manos: resuélvete.

—¡Jacinto! ¡Jacinto! vámonos de aquí: todo te lo perdono con tal de que me vuelvas tu amor, con tal de que te arrepientas de tu crimen....

—¡Maldita sea mi suerte!.... ¿No escuchas esos gritos?... ¿No miras aquellas luces?... Ya vienen, ya vienen....

—Huyamos, Jacinto mío, mi esposo, huyamos....

—Ya vienen, ya se acercan, ya están aquí.... ¡si me encuentran contigo!.... ¡Satanás te confunda!....

Las luces se iban acercando. Los concurrentes habían extrañado á Almaraz, y venían algunos á buscarle. María se hincó, abrazó las rodillas de su esposo y exclamó llena de afán:

—No me separo de tí: yo te amo: que vengan: yo gritaré que eres mi esposo, yo pediré tu perdón.... ¡Pero separarme!...

—Es preciso, dijo Almaraz agitado y poniéndose pálido y sudoroso; es preciso, no

hay otro remedio: encomiéndate á Dios... ¡salva tu alma!....

Y diciendo así arrastró á María hasta el borde del precipicio.

—¡Perdón! ¡perdón! exclamaba la joven, no me des la muerte, no me asesines!!!....

Pero su voz se apagó, y sólo se oyeron algunos ayes y el golpe del cuerpo que se despedazaba contra las peñas....

D. Jacinto, al precipitarla, hizo mal el empuje, y vaciló de uno á otro lado; pero no pudiendo mantener el equilibrio, cayó también agarrándose velozmente de una rama, de donde quedó colgado.... Pedía socorro con gritos horrendos; al mismo tiempo logró atrapar otra rama y poner los piés en la pared del precipicio; pero como estaba mojada y barrosa, resbalábasele en ella las plantas; Jacinto, sudando y esforzándose las volvía á colocar otra vez, y otra vez se le resbalaban. Un relámpago le alumbró por un momento: entonces se aumentó su terror; miró el precipicio profundo y lleno de rocas, y en el fondo el cuerpo despedazado de María. Entre tanto los hombres llegan: uno acerca la luz, otro le extiende una mano.... Almaraz deja ver en sus ojos el regocijo; su frente, ya cadavérica, se reanima; suelta una rama para dar su brazo, la otra se inclina, se troncha.... y sólo se oyó un gemido de muer-

te, el ruido de un cuerpo que caía de peña en peña, y el choque sordo de un cráneo que se estrellaba contra las rocas.

Noviembre 9 de 1837.



La Procesión.

(México.—1836.)

Don Juan no es don Juan.
ROJAS:—EL AMO CRIADO.

I.

UNA MADRE.

Véanse los balcones de una de las calles de S. Francisco bellamente adornados y sosteniendo porción de gente que esperaba con ansia la procesión del Corpus que debía de pasar por allí muy presto. Las personas que ocupaban los altos, se colgaban llenas de afán para poder atisbar á los que por la calle pasaban apiñándose hacia la sombra que les proporcionaba la vela, que estaba tendida no ciertamente para su co-